

LA LEJANÍA DE LOS CIUDADANOS CON RESPECTO A LA POLÍTICA. ANÁLISIS DE ALGUNAS DE SUS CAUSAS Y RIESGOS (CON REFERENCIA A LAS ACTITUDES DE LA JUVENTUD ESPAÑOLA)

*Por Enrique Cebrián Zazurca
Profesor Asociado Doctor de Derecho Constitucional
Universidad de Zaragoza*

Me parece oportuno comenzar mis palabras haciendo algunas precisiones. En primer lugar, debo anunciar que lo que a continuación voy a exponer son un conjunto de análisis y reflexiones, no sólo lógicamente subjetivas, sino también especialmente personales, en tanto que nacen fundamentalmente de mi condición como ciudadano de una democracia. Es por tal motivo que se van a ver muy aligeradas del desarrollo y el aparato crítico que suele acompañar a las intervenciones de tipo académico.

Además, en segundo lugar, ha contribuido a ello el hecho de que se trata de una participación pensada para un tiempo de exposición breve, tratando de fomentar así el diálogo en la mesa y, principalmente, con los asistentes a estas Jornadas.

El título de las Jornadas hace referencia a la *desafección política*. El término *desafección* probablemente haya comenzado a extenderse en nuestra lengua por efecto del empuje ejercido por el vocablo inglés *disaffection*. El Diccionario de la Real Academia Española (DRAE) define *desafección* como “(m)ala voluntad”, aunque no es, evidentemente, a ese significado al que aquí nos referimos; sino al que se deriva de la unión del vocablo *afección* (en su

segunda acepción, “(a)facción, inclinación, apego”) con el prefijo *des-* (con el significado de negación o privación).

De este modo, la *desafección política* indicaría una ausencia de apego hacia lo político.

El término *desafección* suele intercambiarse o usarse como sinónimo de otro término: *apatía*.

No obstante, considero que pueden existir muy importantes diferencias entre ambos. Siendo cierto que pueden, en ocasiones, hacer referencia al mismo comportamiento, también lo es que pueden aludir a realidades muy distintas. La *apatía* –que el DRAE define, entre sus acepciones, como “(d)ejadez, indolencia, falta de vigor o energía”– supondría, cuando se aplica a la política, una falta absoluta de interés por las cuestiones políticas, por la participación ciudadana, por el conocimiento de los asuntos públicos, etc., en definitiva, una actitud de pasotismo y desinterés completos.

La *desafección*, sin embargo, no tiene por qué significar esto mismo. Y, así, se dará el caso de que existan ciudadanos interesados por la esfera política, informados, comprometidos, críticos, etc., que –precisamente por todo ello– se puedan sentir descontentos con un sistema que presenta fallos y carencias. Podrán ser, incluso –si nos atenemos a los datos de participación electoral–, ciudadanos que no dejen de acudir a las urnas en ninguna convocatoria, pero ello no hará menor su sentimiento de *desafección*, esto es, de alejamiento de una política que, por defectuosa, no les satisface. Podríamos hablar, en este caso, y aunque pueda sonar a paradójica, de una *desafección activa*. Va a ser esta *desafección* la que, como comentaré al final, más frutos puede dar. Siempre, eso sí, que no se llegue al extremo y a la confusión de considerar que la democracia es algo que realmente no es; o, dicho de otro modo, siempre que se parta de que la democracia es algo imperfecto y siempre mejorable y, por tanto, también siempre criticable. Aclaro esto porque, en ocasiones, circula una imagen de la democracia como creación angélica situada en las regiones celestes, que obligatoriamente siempre va a chocar con cualquier experiencia

de puesta en práctica y va a crear decepción y ante la que cabe preguntar: *¿pero usted qué pensaba que era la democracia?* (muy probablemente tenga esto que ver con la historia española). Pero salvado, como digo, este extremo, será de esta *desafección activa* de la que más provecho podamos extraer.

Algunos estudios acerca del comportamiento político de los españoles revelan cómo, en nuestro país (y, asimismo, en otros con escasa y reciente experiencia democrática), existen unos niveles de participación menores en comparación con otros países occidentales de más dilatada y consolidada tradición democrática. Una participación que fue mayor en los primeros años de la democracia española, pero que ha ido decreciendo desde entonces¹.

Otros estudios, sin embargo, analizando un mayor número de indicadores, consideran que este declive no se ha producido de manera tan acusada².

En cualquier caso, también se ha puesto de manifiesto cómo –en lo que respecta a la participación electoral y partidista– no existen diferencias importantes entre los jóvenes españoles y sus mayores³. De este modo, habría que huir, en lo posible, de los diagnósticos que tratan de hallar en la desafección juvenil razones sustancialmente distintas de las que puedan explicar la desafección en otros grupos de edad.

Lo que sí considero que ocurre en España (aunque me temo que no es un fenómeno exclusivo de este país) es un crecimiento y consolidación en amplias capas de la sociedad de un sentimiento de lejanía de la política. Los ciudadanos percibimos el mundo político como una realidad cada vez más alejada, más distante, creciendo por momentos la brecha de separación entre la ciudadanía y la política.

¹ Vid. FONT, Joan; MONTERO, José Ramón y TORCAL, Mariano, “La participación política de los españoles”, en *Claves de Razón Práctica*, núm. 173, junio de 2007, pp. 38-45.

² Vid. MORALES, Laura, “¿Existe una crisis participativa? La evolución de la participación política y el asociacionismo en España”, *Revista Española de Ciencia Política*, núm. 13, octubre de 2005, pp. 51-87.

³ Vid. *ibíd.*

Ese sentimiento –que siempre ha existido, de un modo u otro– me parece ahora especialmente intenso.

Considero pertinente que tratemos de identificar algunas de las posibles causas que han dado y dan lugar a este panorama. Todas ellas, por supuesto, opinables, discutibles y, sobre todo, pronunciadas sin ningún ánimo exhaustivo.

Una de las causas que establecen esa distancia la podemos encontrar en el lenguaje utilizado predominantemente por los representantes y políticos en general. El lenguaje, que constituye por definición una herramienta de comunicación y de acercamiento, puede llegar a cumplir la función contraria, debido a un uso indebido o interesado del mismo.

El constitucionalista italiano Gustavo Zagrebelsky se ha referido en una obra reciente a este fenómeno⁴. Continuando la tradición inaugurada por el filólogo alemán Victor Klemperer –que resumió los usos lingüísticos del régimen nazi bajo la fórmula de *Lingua Tertii Imperii* (LTI)⁵–, Zagrebelsky habla hoy de la *Lingua Nostra Aetatis* (LNAe), la lengua de nuestro tiempo. Es ésta una lengua que introduciría vocablos nuevos para designar realidades que no lo son tanto. Esta operación, además, se vería perfeccionada por la recuperación de palabras existentes –y, a veces, incluso, caídas en desuso– pero para designar esta vez cosas distintas a su significado original y, en ocasiones, incluso contradictorias. Todos estos estereotipos se irían consolidando socialmente a través de una insistente repetición de estos términos en el discurso público. De esta manera, la inicial distancia entre el poder (entendido ampliamente) y la ciudadanía se va poco a poco reduciendo, desde el momento en el que los ciudadanos aceptamos como parte integrante de nuestra expresión esta forma de operar lingüísticamente. Se trata, en definitiva, y como característica eminentemente propia de esta *lengua de nuestro tiempo*, del conocido fenómeno de la *corrección política*: un modo de actuar que termina por sepultar la diversidad, la singularidad, la originalidad y, a la postre, el raciocinio y el

⁴ Me refiero a *Sulla lingua del tempo presente*, Giulio Einaudi, Turín, 2010.

⁵ Vid. KLEMPERER, Victor, *LTI. La lengua del Tercer Reich. Apuntes de un filólogo*, Minúscula, Barcelona, 2002.

juicio crítico. Hace tiempo que sabemos que el pensamiento es lenguaje, por lo que un lenguaje débil, conformista y poco exigente acabará creando una sociedad débil, conformista y poco exigente.

En este sentido, sería saludable no perder esa distancia entre los ciudadanos y quienes promueven este tipo de lenguaje (que, muchas veces, debe admitirse que no son sólo los políticos, siendo éstos también posibles víctimas de esta operación). O, mejor todavía, sería más positivo que desapareciese esta distancia, debido a un rechazo social mayoritario de estas formas de expresión.

Otra causa de esta lejanía podría encontrarse en la percepción que mayoritariamente se tiene de la clase política. Es más, es la propia existencia de una *clase política* como tal la que provoca este distanciamiento.

Siempre generalizando y con evidentes excepciones, son abundantes los casos de políticos que sólo (o casi) se han dedicado a la política institucional o de partido como única actividad a lo largo de su vida. Se crea así un auténtico *cursus honorum* que acaba por dar lugar a una sociedad paralela y distinta de la sociedad como tal. De esta manera, los ciudadanos entienden que esas personas no son como ellos, son gente ajena que tiene una vida, unas preocupaciones y unos intereses distintos y, quizás, contrapuestos a los suyos. Son una casta separada.

Percibo que también constituye una causa de alejamiento de la política por parte de los ciudadanos la percepción muy extendida acerca del casi inexistente peso de un voto. El valor que se entiende que pueda tener en el total el acto individual de introducir una papeleta en una urna es muy bajo. Esto abona la idea de que votar puede no servir para nada y de que participando no se pueden cambiar las cosas.

Esta percepción –que, en justicia, tiene de cierto tanto como tiene de falso– apunta a un problema de mayor calado, cual es el del peso menor que tienen en nuestros sistemas democráticos las formas de participación política distintas de la participación para la elección de representantes. No sólo sin negar –sino

defendiendo— la necesidad, las bondades y las garantías, en último término, de la representación democrática, el reforzamiento de otras fórmulas participativas semi-directas y deliberativas entiendo que elevaría notablemente la importancia que los ciudadanos puedan concederse a sí mismos como sujetos activos y decisivos.

Algo similar ocurre con la percepción de los partidos políticos. Los partidos son, en las democracias representativas, instancias necesarias para la organización y el funcionamiento correcto del sistema. En el caso español, además, esta importancia viene reforzada por un artículo 6 de la Constitución que establece que éstos “expresan el pluralismo político, concurren a la formación y manifestación de la voluntad popular y son instrumento fundamental para la participación política”. Hecha la salvedad de la probable grandilocuencia de este precepto constitucional —debida, fundamentalmente, al momento histórico en el que se aprobó la Constitución Española de 1978—, es un hecho indiscutible que los partidos políticos son necesarios. Pero han extendido sus tentáculos hasta el último rincón del sistema, lo cual ha dado lugar a que la ciudadanía los observe con cierta desconfianza; fenómeno éste todavía más grave cuando esta desconfianza se cierne —por mor de las componendas partidistas— sobre determinadas instituciones fundamentales en una democracia constitucional.

Considero que otro elemento que marca la distancia o lejanía ciudadana con respecto a la esfera política es aquél que apunta a los manifiestamente mejorables procedimientos de control político y de rendición de cuentas de los representantes y cargos públicos. El ciudadano se siente inerme ante determinadas actuaciones u omisiones políticas y entiende que, en el mejor de los casos, deberá esperar a la próxima convocatoria electoral para manifestar su desacuerdo, con todas las limitaciones que tiene esta solución. Esto recuerda a la comentada sensación de poca importancia de la participación individual de cada ciudadano; de hecho, no considero una casualidad el que, reforzando esa participación ciudadana, se reforzarían muy probablemente también los mecanismos de control político.

Estas limitaciones se ponen de manifiesto de manera paradigmática ante los casos de corrupción. Y estas prácticas corruptas constituyen en sí mismas otro de los principales motivos que aumentan la brecha entre los ciudadanos y la política.

Por último –y recordando que en ningún momento pretendo ofrecer un listado exhaustivo y cerrado–, existe, en mi opinión, una causa especialmente grave de alejamiento de la política.

Se ha hablado antes de la sensación de que participar servía para poco o para nada. Existe, sin embargo, una sensación mucho más perniciosa: aquélla que entiende que la política –entendida de manera general– no sirve para nada. El actual momento de crisis económica mundial ofrece este argumento en bandeja. Es evidente que existen poderes económicos y financieros, no sometidos a controles democráticos, que se hallan por encima de los poderes políticos y que marcan la actuación de éstos. A pesar de las iniciales señales que afirmaban que había llegado el momento de la política, de que eran los Estados los que debían tomar las riendas de la situación, han sido estos otros poderes los que finalmente están marcando las políticas económicas y sociales de las democracias occidentales, con gobiernos de signos políticos distintos. Observar que hay poderes mayores, poco o nada controlados y que ofrecen soluciones uniformes aumenta la creencia en que la política no es útil, en que no importa a quién se vote y en que da igual si se participa o no.

Todas éstas son causas que hacen más profunda la división entre los ciudadanos y la política. No creo, como antes he dicho, que los jóvenes –y, concretamente, los jóvenes españoles– encuentren otras causas distintas de alejamiento. Si acaso –y sin tratar de desmentir los datos–, lo que quizás sea probable es que hallen estas mismas causas, pero que –en su fuero interno– funcionen de tal manera que la distancia con respecto a la política sea todavía mayor, al percibir más claramente que ese mundo no es el suyo.

Y entiendo que lo mismo podría decirse de los riesgos que puede acarrear la lejanía de la política. El principal, en mi opinión, es el de no valorar la democracia en su justa medida, en lo que tiene de conquista histórica y de respeto de las libertades individuales y garantía del progreso social. Creer que la democracia es consustancial a cualquier forma de organización de la sociedad, creer que cae del cielo o que crece como una planta salvaje que no necesita cuidados es el principal riesgo. Y no es descabellado pensar que ese riesgo puede ser mayor en quien no ha conocido otra cosa que un régimen democrático.

En este aspecto, la educación en democracia es esencial para la pervivencia de la misma.

Debemos decidir hacia dónde dirigimos nuestra desafección y nuestro descontento. Y, personalmente, sólo alcanzo a divisar dos posibles destinos. El primero es el que conduce a una corrección de los defectos del modelo, partiendo de que este modelo es el adecuado. El otro lleva a la destrucción del modelo y a la sustitución por otra cosa. El primero es propio de ciudadanos críticos, que desean mejorar la democracia y hacer reales sus potencialidades. El segundo es el propio de quienes pueden caer en las trampas del populismo o de la demagogia o de quienes, directamente, apuestan por un modelo distinto de organización político-social.

Y me parece muy pertinente afirmar con rotundidad que no hay otra opción distinta del modelo democrático. O, mejor dicho, que por supuesto que las hay, pero que la historia reciente y la actualidad nos las ha enseñado y nos las sigue enseñando –de uno y otro signo– y que creo que no me equivoco si afirmo que no es hacia esas soluciones hacia donde mayoritariamente deseamos caminar. Los exabruptos puntuales no son la solución.

Por todo ello, porque considero que la democracia es algo demasiado valioso y demasiado frágil, debemos ser muy cuidadosos. Los actuales panoramas de desafección me parecen una oportunidad de mejora, creo que revelan una sensación propia de ciudadanos informados y críticos y no debemos dejarlos escapar.

Aprovechemos la oportunidad que nos ofrecen –con una voluntad constructiva– para mejorar la democracia, denunciando sus defectos, ejerciendo una crítica severa, pero, por lo mismo, siendo en todo momento conscientes de cuál es el objetivo que queremos lograr con todo ello.

Zaragoza, 6 de abril de 2011.